

El bosque encantado

(2019)

Jesús Castillón Motta

- ¡Despierta, perezosa!
- ¡Uf, qué sueño!
- ¿Qué veo junto a tu cama, libros? ¿Estuviste leyendo hasta tarde?
- Bueno, es que...
- No me digas que eran historias de fantasía otra vez...
- ¡Es que estaba muy emocionante!
- ¿Salían seres fantásticos?
- Sí...
- ¿Y no sería mejor que leyeras algo de lo que te mandan en la escuela?

La pequeña Abigail bajó la vista ante la severa mirada de su madre, que le dijo:

- Venga, levanta que he preparado el desayuno.

Mientras desayunaba con sus hermanas, Abi aún tenía la mente en otro lugar, el país mágico descrito en el libro que estaba leyendo. La aldea en que vivían era muy aburrida para una niña con su imaginación. Pero al menos hoy en la escuela había una novedad.

- ¿Dónde vais de excursión? -preguntó su madre.
- Al bosque más allá de la colina -dijo Abi.

Sus dos hermanas se miraron con expresión asustada.

- ¿Qué pasa? -preguntó Abi, que era la más pequeña de las tres.
- Ese bosque... -dijo la hermanamayor-. Dicen que está encantado.
- ¿De verdad? -preguntó Abi abriendo mucho los ojos.
- ¡No llenéis de tonterías la cabeza de vuestra hermana! -exclamó su madre.
- ¡Es verdad! -afirmó la hermana mediana-. El año pasado mi clase hizo esa excursión y unas compañeras vieron una criatura monstruosa entre los árboles.
- Tonterías -dijo la madre.
- Y eso no es todo -añadió la mayor-. Dicen que hace años desapareció una alumna en ese bosque. Se cuenta que se la llevó el monstruo que habita allí.

Abi escuchaba absorta mientras seguía con la mirada atentamente a cada hermana cuando hablaba.

- ¡Venga, ya es suficiente! -exigió la madre-. Abigail, vete ya o llegarás tarde.

La pequeña se despidió de su madre con un beso y de sus hermanas con un ademán de mano y partió hacia la escuela. En cuanto salió, sus dos hermanas estallaron en una carcajada.

- ¿Qué pasa? Le habéis tomado el pelo a vuestra hermana, ¿no?
- Ella se lo ha buscado -dijo la mayor-. Siempre fantaseando y creyendo en cosas absurdas.
- Ya hablaré con vosotras dos luego. Id a la escuela, venga.

Hacía un día espléndido. El sol brillaba en el despejado cielo azul. Cuando Abi llegó a la escuela, toda su clase esperaba reunida con la maestra, preparada para salir. Partieron de la aldea siguiendo a su profesora. Era un grupo de veinte alumnas que avanzaban hablando y riendo entre ellas. La ventaja de vivir en una aldea en pleno campo era que tenían la naturaleza rodeándolas y podían hacer fácilmente excursiones; así podían estudiar los diferentes tipos de árboles, flores, insectos... La maestra iba delante pero controlando que el grupo no se dispersara. La salida era relativamente larga, ya que la colina estaba a varios kilómetros al suroeste. Una vez llegaron al pie de la colina, descansaron y tomaron un refrigerio. Abi aprovechó para preguntar a sus compañeras sobre el bosque al que se dirigían.

- ¿Es verdad que está encantado? -preguntó.
- Pues no sé... -le contestó una amiga, dubitativa.
- Yo nunca lo he oído -dijo otra-. ¿Quién te lo ha dicho?
- Mis hermanas.
- Creo que te han tomado el pelo -dijo otra y todas rieron.
- ¡Vamos! -exclamó la maestra-. Debemos ir al otro lado de la colina.

Mientras atravesaban la colina, una compañera se acercó a Abi.

- ¿Sabes una cosa? Mi hermana me ha dicho que, si deseas intensamente una cosa, se cumple.
- ¿De verdad? -preguntó Abi, intrigada.

- Yo lo probé una vez. Estaba en clase, aburrida y muerta de hambre. Deseaba intensamente comer unos dulces que prepara a veces mi madre y, cuando llegué a casa después de la escuela, ¡allí estaban! ¡Había hecho toda una bandeja!

Abigail se quedó muy pensativa. ¿Sería eso cierto? ¿Los deseos se podían hacer realidad? Porque en aquellos momentos, lo que más deseaba era que el bosque al que se dirigían estuviera encantado.

Y pasaron la colina. Más allá se extendía un espléndido bosque. Abi lo contempló maravillada, pues nunca había ido tan lejos de su aldea. Cuando llegaron al borde del bosque se adentraron en su interior siguiendo a la profesora. El camino era un poco oscuro, pues los árboles estaban muy frondosos en aquella época del año, pero los rayos del sol se filtraban por entre las ramas haciendo unos efectos de luz que realmente le daban un aspecto mágico. Tras unos cien metros llegaron a un pequeño claro dentro de la espesura. Allí la maestra les enseñó los nombres de los diferentes árboles que rodeaban el claro y de algunas plantas raras que no habían visto nunca. Abi iba la última del grupo y lo miraba todo maravillada, pues había plantas y flores que eran desconocidas para ella. Se quedó atrás observando una extraña planta carnívora cuando, de pronto, le pareció escuchar un extraño murmullo a su espalda. Era lejano e indefinido, pero tenía algo que la atraía irremediablemente. Era imprudentemente curiosa y no pudo evitar seguir aquel ruido. Venía de más allá de un grupo de grandes árboles. Miró hacia su clase, luego hacia los árboles y, decidida, se internó en la espesura, dejando atrás el claro, a sus compañeras y a su maestra.

El murmullo se hizo cada vez más fuerte, iba por buen camino, pero cada vez se adentraba más entre los árboles. La curiosidad le podía más que el miedo a perderse. Además, la posibilidad de que el bosque estuviera encantado y pudiera ver alguna criatura fantástica como las que describían sus libros la tenía fascinada. El ruido se hizo más fuerte: ¡era música! Siguió la extraña melodía como hipnotizada. Estaba cada vez más cerca. Ya casi podía sentir la música rodeándola. Finalmente apartó unas ramas y lo que vio la dejó de piedra.

Un hombre enorme estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en un árbol. ¡Era un gigante! Era muy peludo, tenía una gran mata de pelo negro y los brazos cubiertos de vello, que también asomaba por el cuello de la camisa. Una espesa barba le cubría prácticamente la cara. La primera impresión de Abi fue de horror y estuvo a punto de huir corriendo, pero se lo pensó mejor y siguió observando oculta tras los matorrales. Hizo un mohín mientras analizaba aquel ser monstruoso. En realidad, su cara no daba especialmente miedo, ya que estaba cantando felizmente. Aunque tenía una voz espantosa, sonreía contento bajo la sombra de los árboles, que lo protegían del caluroso sol del cielo. Se acompañaba de un instrumento de cuerda hecho de madera; los acordes que le arrancaba no eran demasiado armoniosos. Se veía que no lo dominaba demasiado, pues de cuando en cuando detenía un momento la canción, recolocaba la mano izquierda en el instrumento y luego retomaba la tonada. Abi no pudo evitar sonreír, pues mientras el gigante hacía eso sacaba la lengua y cuando acertaba las notas sonreía muy ufano con expresión bobalicona. La pequeña frunció el ceño y se preguntó si aquél ser sería capaz de secuestrar a nadie y mucho menos comerse a una estudiante, tal como parecía sugerir la historia contada por su hermana. Súbitamente, el monstruo dejó de tocar y entrecerró los ojos, como si intentara fijar la vista. Estaba mirando hacia donde estaba ella. De pronto, el gigante abrió mucho los ojos y se levantó de un salto. ¡La había visto!

Corrió hacia ella y Abi huyó despavorida. Escapó lo más rápido que pudo pero oyó el ruido de los matorrales romperse tras ella. ¡La estaba siguiendo! Se dirigió velozmente hacia un gran árbol y se escondió tras de él. El monstruo se paró también. Ella se asomó cuidadosamente y miró: el gigante parecía desorientado; miraba en todas direcciones, buscándola. Abi estaba aterrorizada; sus hermanas tenían razón: un ser habitaba aquel bosque encantado. Había sido una inconsciente y ahora iba a pagarlo acabando en la barriga de un monstruo. No obstante, el ser pareció desistir en su búsqueda, pues volvió sobre sus pasos hacia el árbol donde había estado tocando. Abi huyó de allí y al hacerlo rozó una rama. El monstruo se paró en seco, había oído el roce; se giró y reemprendió la persecución. La pequeña volvió a oír ruido tras ella y se asustó muchísimo, pero no dejó de huir. Pronto dejó de oír a su perseguidor y, agotada, se paró a tomar aliento. Se giró y no vio nada. Al volverse de nuevo, ahogó un grito en su garganta. El gigante estaba frente a ella.

Abi quedó paralizada. El monstruo acercó su mano para agarrarla; ella no se podía mover. De pronto, un ciervo apareció de la nada y se interpuso entre ellos. El gigante retrocedió ante la gran cornamenta del animal, que avanzó hacia él, amenazante. Bajó la cabeza en posición de embestir y el monstruo huyó de allí corriendo. El ciervo se giró hacia la pequeña, que estaba temblando. La miró fijamente a los ojos y ella se fue tranquilizando. Consiguió hacerle un gesto de agradecimiento al animal con la cabeza y este pareció comprender, pues también hizo un saludo bajando su cornamenta. Acto seguido, se fue trotando de allí. Abi fue recuperando el aliento; estaba sudando y su temblor empezaba a cesar. Intentó orientarse para volver con su clase, pero todo a su alrededor le parecía igual. Se dio cuenta de que se había perdido.

Intentó aguzar el oído por si oía a sus compañeras, pero tan solo oyó el murmullo de un arroyo. Fue hacia allí y bebió un poco de agua fresca. ¿Cómo encontraría a las demás? De pronto, vio algo insólito: unos peces nadaban río arriba, contra la corriente. Decidió seguirlos. Cuando llevaba unos trescientos metros río arriba le pareció oír risas. Fue hacia ellas y respiró aliviada al llegar al claro donde su clase estaba merendando.

- ¡Abi! Hace rato que te estoy buscando -dijo la maestra al verla llegar.
- Tengo algo increíble que contaros a todas -fue su respuesta.

La madre de Abigail estaba preparando la cena cuando la maestra se presentó en su casa acompañando a su hija pequeña.

- ¡Hola, qué agradable sorpresa! ¿Qué la trae por aquí?
- Tenemos que hablar -dijo secamente la profesora.
- Abi, ve a estudiar con tus hermanas -dijo la madre de forma severa, pues había adivinado que la visita no era de cortesía.

La maestra y la madre se quedaron hablando a la entrada, pero Abi podía oír lo que decían.

- Su hija se ha separado del grupo en el bosque. Se podía haber perdido. Debe hablarle seriamente, ya que a mí no me hace caso.
- Dios mío, claro.
- Hay algo más -añadió muy seria la maestra.

- ¿Qué? -preguntó alarmada la madre de Abi.
- Al volver con la clase ha estado contando las más fantásticas historias sobre un ser monstruoso que habita en el bosque. Le agradecería que frenara un poco la imaginación de su hija. Creo que lee demasiados libros de fantasía.
- Sí, claro, por supuesto. Hoy mismo hablaré con ella.
- Adiós -se despidió la maestra.
- Adiós...

La madre de Abi se quedó un momento en la entrada, pensativa. Su mal humor iba en aumento y no pudo evitar gritar cuando llamó a su hija.

- ¡Abi! ¡Ven aquí inmediatamente!

La pequeña se acercó temerosa.

- ¿Sí, mamá?

Su madre respiró hondo y Abi se preparó para recibir una buena regañina.

- Que te salgas del grupo en el bosque es una insensatez. ¿Se puede saber en qué estabas pensando?
- Yo... tenía que seguir la música.
- ¿La música? ¿Pero de qué demonios hablas? ¿Y qué es eso de que vas contando mentiras sobre un monstruo en el bosque?
- ¡No es mentira! ¡Yo lo he visto!
- ¿Pero cómo vas a verlo? ¡Si era una broma de tus hermanas!

La pequeña Abi calló desconcertada.

- ¿U... una broma?
- ¡Pues claro!
- ¡Pero yo le he visto, al gigante!
- ¿Cómo dices?
- ¡Era un ser enorme, monstruoso!
- Escucha, por favor. Ese bosque no está encantado, ¿entienes?
- ¡Te juro que es verdad! Era enorme y peludo y cantaba.

- ¿Cantaba?
- ¡Sí, estaba cantando! ¡Lo hacía horriblemente mal, pero él parecía feliz haciéndolo! Se acompañaba de un instrumento musical y era gracioso porque cuando le costaba encontrar las notas sacaba la lengua y...
- ¡Basta ya! -le exigió su madre-. ¿Es que todas esas historias que lees te han trastornado la cabeza? ¿Qué clase de monstruo era ese?
- ¡Era un hombre!
- ¿Cómo?
- ¡Un ser humano!
- ¿Un ser humano? ¿Es que te has vuelto completamente loca? ¡Los seres humanos no existen!
- ¡Sí que existen, yo he visto uno!
- ¿Pero no entiendes que eso son historias que os contamos de pequeñas para asustaros? ¡Es una fantasía!

La pequeña Abi estaba a punto de sollozar, así que salió de su hogar en el gran roble para que nadie la viera llorar. Desplegó sus hermosas alas azul y violeta y voló hasta posarse en su flor favorita. Y allí lloró desconsoladamente porque nadie la creía, sintiéndose la más incomprendida y desdichada de las hadas...